

# RABASA Y SU VISIÓN PORFIRIANA DE LA HISTORIA

*María del Carmen VELAZQUEZ*

HACE CIEN AÑOS nació en Ocozacoutla don Emilio Rabasa. Para conmemorar este aniversario de su nacimiento, la Editorial Porrúa ha hecho la segunda edición de su libro de historia de México, profusamente ilustrado con documentos gráficos seleccionados por Felipe Teixidor.\*

Sabemos, por la advertencia que Rabasa puso en el prólogo, que la intención que tuvo al escribir su obra fue ayudar a disipar el “desconocimiento casi general y casi absoluto” que hay en el extranjero acerca de la historia de México, y “aun de su geografía”. Si hemos de considerar los treinta y seis años que median entre la primera y la segunda edición, no parece que Rabasa haya tenido gran éxito en su propósito de difusión de la historia mexicana. La edición en español se agotó lentamente, y no se conoce ninguna en lengua extranjera. Sin embargo, el libro es muy interesante e instructivo: su lectura, a que nos obliga esta nueva edición, nos da oportunidad de conocer una síntesis de la historia de México que más puede interesar al mexicano que al extranjero. Quizá la falta de entusiasmo con que fue acogida esta obra se explica por el hecho de haberse publicado en una época en que todo lo que venía de la “odiosa dictadura” era mal visto y despreciado y asimismo por su estilo literario. Una nueva generación separada del régimen de Porfirio Díaz por las conmociones de la crisis revolucionaria, pero alejada de éstas por los años de labor constructiva, puede aprovechar

\* Emilio RABASA, *La evolución histórica de México. Las evoluciones violentas; La evolución pacífica; Los problemas nacionales*. 2<sup>3</sup> ed. Porrúa, México, 1956; 279 pp., retrato del autor.

probablemente con buen ánimo las reflexiones de Rabasa y entender mejor su pensamiento.

Tres son los aspectos que se destacan en esta obra: una interpretación histórica del pasado mexicano, un ensayo sociológico, principalmente sobre cuestiones indígenas, y una apología de la administración de Porfirio Díaz.

Las páginas de historia están escritas por un hombre de mundo, de buen gusto, de sólidos y bien definidos conocimientos. Un individuo acostumbrado a reflexionar sobre el pasado, poseedor de experiencia política, que sabe hacer comparaciones útiles, y para quien las manifestaciones culturales tienen un sentido.

Su historia está construida fundamentalmente sobre la interpretación del desenvolvimiento político de la nación mexicana. Presenta un cuadro que, aunque sólo se refiere al siglo XIX, contiene elementos históricos de todos los siglos anteriores. No es el menor de sus méritos el haber construido una interpretación sin soluciones de continuidad en los hechos que maneja, desde los albores del pasado mexicano hasta la época que principalmente retrata. Marca con claridad una serie de cortes cronológicos de la historia mexicana de acuerdo con lo que él considera que son las etapas evolutivas de este pueblo de alma latina, apasionado por lo ideal, en el que las teorías han sido el alma de las evoluciones profundas y de las luchas más intensas (p. 44). En el ejercicio de la ordenación cronológica, sobre todo en lo que se refiere a las etapas finales de su cuadro histórico, es donde se encuentra con el grave problema de la población indígena, y en este campo —el del indigenismo— es donde hace las reflexiones sociológicas más agudas.

Su interpretación de la historia de México tiene unidad y cohesión, y está llena de observaciones sugestivas que se apartan de los juicios superficiales o de las afirmaciones de tópicos sobados. Todas sus páginas están inspiradas por un pensamiento genuinamente liberal. Puede, por la solidez de sus convicciones, dar una explicación obvia para la fatal cuestión del fraude electoral. Señala, entre otras observaciones no usuales, el aspecto positivo de las guerras civiles, que pocos

autores advierten, y las considera agentes removedores y depuradores de una sociedad estática y anquilosada. Asimismo, rechaza la posición romántica, tan generalmente adoptada, de que la instrucción popular y pública es capaz por sí sola de educar al indígena y asimilarlo a la cultura occidental. El conocimiento exclusivo del mecanismo de la lectura y la escritura, dice él, en nada ayuda o cambia al indígena alejado de toda otra influencia cultural civilizadora, en un mundo donde para nada necesita leer y escribir. Hay, según él, otros medios más eficaces: el ferrocarril y los medios de comunicación en general.

Su interpretación histórica de los últimos años del siglo XIX está deformada por su actitud de admiración ante el régimen de Porfirio Díaz. Su adhesión a él es tan grande, que lo lleva a tratar de justificarlo históricamente, acomodando los hechos de manera artificiosa. Explica que, después de las conmociones violentas que hubo en la primera mitad del siglo para fundar la nacionalidad y encontrar las formas de gobierno propias, el país entró, por obra de la sabiduría administrativa de Díaz, en una etapa de paz y progreso que la dictadura de treinta años supo propiciar. Su actitud es explicable porque él sólo conoció el remanso de la paz porfiriana, limitado por las incertidumbres y las desgracias de los períodos de guerra que lo crearon y lo destruyeron; pero, desgraciadamente, esta visión no deja de dañar a su obra en lo más precioso que puede tener, que es su unidad. Es tan determinante su prejuicio, que a modo de cuña se introduce para separar los elementos que antes de ocuparse del gobierno de Díaz ha sabido mantener en armonía. Es verdad que mantener el equilibrio para los años anteriores es más fácil, pues para la interpretación de la historia anterior al advenimiento de Porfirio Díaz sólo ha necesitado los materiales políticos, ya que en esos años el factor político parece dominar sobre los de otro tipo. Durante el régimen de Díaz pasa por alto a los indígenas porque son los que, a los ojos de los apolo-gistas, presentan la falla de una administración que de otro modo hubiera sido perfecta. Luego, vuelve a esquivar el tema en lo que escribe sobre la revolución iniciada en 1910.

Y como todas estas cosas no las puede tocar porque se descompondría su cuadro ideal de la dictadura porfiriana, se ve obligado a completar su historia con los ensayos monográficos de la tercera parte. Aquí trata por separado aquellos problemas que, como hombre inteligente y escritor honrado que era, no puede dejar de reconocer como muy vivos en la realidad mexicana, pero que, por su vehemente admiración porfiriana, no puede amalgamar en su interpretación histórica. Quizá también pueda haber otra explicación a esta manera de presentar su obra. Rabasa es más sociólogo que historiador, y se necesita un profesional cuidadoso y entendido que pueda manejar todos los hechos de este "pueblo antiguo y a la vez en proceso de formación".

Aunque Rabasa reconoce los beneficios que siempre dejan las conmociones sociales y, por tanto, tiene una visión optimista del desenvolvimiento histórico, su estilo austero y fríamente razonado le merma el entusiasmo del público que emprende la lectura de libros de historia con el deseo de encontrar elementos para su tranquilidad y su enseñanza, y que corroboren su confianza en el progreso gradual de la humanidad. Desde este punto de vista, es difícil que su libro gane en popularidad con esta segunda edición, pero evidentemente es una obra que deben conocer los mexicanos de la nueva generación que se interesen en la historia de su patria.